

MEMORIA E HISTORIA EN LA OBRA DE JORGE SEMPRÚN

Carlos Fernández

*Conocía el terror pero también la cólera y el coraje,
y una vez fue el primero en escalar un muro enemigo.*

Jorge Luis BORGES

Pero el olvido, nunca.

Ángel GONZÁLEZ

Resumen:

El escritor Jorge Semprún participó como protagonista destacado en algunos de los hechos más importantes de la Historia Contemporánea de España y Europa. Podemos recordar su deportación al campo de concentración nazi de Buchenwald y su militancia y disidencia dentro del Partido Comunista de España. Estas experiencias quedaron plasmadas en varios libros de carácter autobiográfico. En ellos la memoria del autor ofrece una serie de datos y reflexiones fundamentales para comprender la historia del siglo XX. *Memoria e Historia* son inseparables en la obra literaria de Jorge Semprún.

Palabras clave:

Historia, memoria, Maurice Halbwachs, memoria colectiva, lugares de la memoria.

Abstract:

The writer Jorge Semprún took part as an outstanding figure in some of the most important events in the Spanish and European Contemporary History. We can point out his deportation to the Nazi concentration camp in Buchenwald and his membership and defection from the Spanish Communist Party. These experiences are shown in several autobiographical books, where the author's memory offers details and reflexions which are essential to understand the history of the 20th century. *Memory and History* go together in Jorge Semprún's literary production.

Keywords:

History, memory, Maurice Halbwachs, collective memory, places in memory.

I

En el campo de la literatura española del último cuarto de siglo la figura de Jorge Semprún ocupa un lugar singular por doble motivo; por un lado, la mayor parte de su obra la escribió —y publicó— en francés, para más tarde ser vertida al castellano. Por otra parte, más de la mitad de su producción literaria tiene un carácter autobiográfico, son libros de memorias, y a ella nos hemos de referir preferentemente en estas páginas. A esto habría que añadir un tercer rasgo de excepcionalidad, pues su vida y su obra recorren activamente una buena parte de la historia de España y de Europa del último medio siglo: la República y la guerra civil, el exilio, la resistencia en Francia, la militancia comunista, los campos de concentración alemanes, la lucha clandestina durante el franquismo, el cargo de ministro. Todo esto se puede encontrar en los libros de Jorge Semprún: estos temas conforman los materiales de una biografía apasionada y apasionante. Incluso en sus obras más novelescas hay constantes evocaciones de su vida: una vida tamizada por la literatura.

Entre estos libros autobiográficos, uno de ellos —Autobiografía de Federico Sánchez— está dedicado a revisar de manera crítica su militancia y disidencia en el Partido Comunista de España; otros cuatro son obras que Semprún dedicó a relatar su experiencia de deportado en el campo de concentración de Buchenwald: *El largo viaje*, *Aquel domingo*, *La escritura o la vida* y *Viviré con su nombre, morirá con el mío*; finalmente, en Federico Sánchez se despiden de ustedes el autor hace memoria de su paso por el Consejo de Ministros como titular de la cartera de Cultura, entre los años 1988 y 1991. En todos estos libros están muy presentes los avatares de la vida del autor. Sin ningún afán narcisista, desde luego, como tendremos ocasión de comprobar más adelante. Muy al contrario, con la intención de indagar, de explicar, siguiendo el tortuoso hilo de Ariadna de su biografía, las trágicas utopías políticas del siglo XX.

Al tiempo, la obra entera de Jorge Semprún supone una explícita y continua reflexión sobre la memoria: sus gritos y silencios, sus verdades y mentiras, sus olvidos y su luminosa presencia. No hay ningún escritor español que haya dedicado tanto tiempo y esfuerzo, tantas páginas serenas o llenas de ira, a reflexionar y a exponer sus ideas sobre la memoria. Una memoria que se nutre sin duda de una vida inagotable, pero que es ella misma el gran protagonista de la obra de Semprún: la que teje el discurso, la que articula el texto jugando con el tiempo, la que, en fin, da sentido desde el presente de la escritura a las experiencias vividas. Estos libros escritos desde y sobre la memoria nos permitirán analizar las relaciones entre memoria e historia; relaciones complejas siempre, y también en este caso ¿Cuál es la memoria de Semprún? ¿Y qué tipo de historia hallamos en los libros que antes citamos? ¿Cómo se despliegan una y otra en su obra literaria? El interés que todas estas cuestiones tienen para nosotros nacen del hecho de que el autor fue testigo atento de la vida y muerte en el campo de concentración de Buchenwald y, más tarde, miembro del Comité Central del PCE. Sus libros han dejado precisa constancia de ambas cosas y ese testimonio, que brota del recuerdo con un deseo de verdad, debe ser conocido por nosotros y ha de ser tenido en cuenta por los historiadores.

Estos son los dos grandes temas, los privilegiados lugares de la memoria de Semprún: los campos alemanes, por un lado; por otro, su militancia y posterior disidencia y expulsión del PCE. Las dos grandes utopías políticas del siglo XX transitan sin solución de continuidad por la biografía de Semprún. Aunque cabe hacer en este punto una matización de no pequeña importancia. Mientras su etapa de militante dentro del PCE quedó

clausurada para la memoria y para la historia con la publicación de ese brillante panfleto que supone su autobiografía, su pasado de deportado en Buchenwald no termina de cobrar forma definitiva, como si de un magma se tratara. Han pasado los años pero la temperatura de esa memoria magmática, fluente, no decrece y ha ido reclamando, año tras año, libro tras libro, la atención de su autor y también la de sus lectores.

Efectivamente, la memoria de su militancia y labor de dirigente del Partido Comunista de España quedó prácticamente zanjado en 1977, tras la publicación de la Autobiografía de Federico Sánchez; aquel personaje era ya historia y lo único que quedaba era establecer con rigor lo que había representado en su vida y en la historia del partido: “Me había convertido en Federico Sánchez en la clandestinidad antifranquista, a mediados de los años cincuenta. Diez años más tarde, me había visto obligado a desprenderme brutalmente de aquel fantasma que había invadido mi personalidad, que prácticamente me había devorado en cuerpo y alma, para poder seguir existiendo”¹. Con mayor claridad, si cabe, y con una notable dosis de hastío, lo repite Semprún muchos años más tarde: “Una especie de malestar, como una leve náusea, se apodera de mí hoy cuando invoco ese pasado. Los viajes clandestinos, la ilusión de un porvenir, el compromiso político, la fraternidad auténtica de los militantes comunistas, la moneda falsa de nuestro discurso ideológico: todo eso, que constituyó mi vida, que también habrá sido el horizonte trágico de este siglo, todo esto aparece hoy harto trasnochado: vetusto e irrisorio”²

La polémica que provocó esta autobiografía política fue enorme, pero tanto las reacciones favorables cuanto las críticas más acerbas las recibió el autor desde la distancia, como escindido de aquel personaje que había sido él mismo durante diez años de su vida: “Pero en la polémica que siguió, fue Federico Sánchez el blanco de la crítica. Fue él quien se vio puesto en entredicho; a mí, sólo me concernía indirectamente. O a título póstumo. Aquel personaje había muerto para mí. Sólo lo había resucitado provisionalmente por un deseo de exactitud histórica. En suma, Federico Sánchez ajustaba sus cuentas con la historia con más de diez años de retraso respecto a mí. Yo ya las había ajustado hacía tiempo cuando él hizo su aparición. Para mí, los temas que él abordaba en esa autobiografía —o que yo abordaba en su lugar— eran casi prehistóricos; en mi conciencia y en mi saber el comunismo era ya prehistoria, aun cuando durante quince años todavía iba a determinar en última instancia la historia universal”³. Este libro supuso un cerrojo definitivo sobre esa etapa tan importante de su biografía, al tiempo que contribuyó a iluminar y obligó a reescribir la historia del PCE.

Por el contrario su paso por el campo de Buchenwald sigue vivo aun hoy, tras tantos años, en la memoria de Semprún: “De nuevo, a pesar mío, o mejor dicho a costa mía, el recuerdo de Buchenwald me obligaba a volver sobre la experiencia esencial de mi vida”⁴. Semprún va explorando, libro tras libro, su memoria tanto tiempo aletargada, reprimida, silenciada, recorriendo tenaz y dolorosamente los laberintos de su vida pasada: “Desde El largo viaje, escrito de un tirón, en unas pocas semanas, en las circunstancias que explicaré cuando llegue el momento, los demás libros que se refieren a la experiencia de los campos vagan y divagan prolongadamente en mi imaginación. En mi labor concreta

¹ SEMPRÚN, J., *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 1994, p. 28.

² SEMPRÚN, J., *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995, p. 275.

³ SEMPRÚN, J., *Federico Sánchez...*, p. 146.

⁴ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 28.

de escritura. Me empecino en abandonarlos, en reescribirlos. Se empecinan en volver a mí, para ser escritos hasta el final del padecimiento que imponen⁵. Desde aquel libro iniciático que se escribió solo, pues estaba ya impreso de manera indeleble en la memoria de su autor, hasta los más recientes, que supusieron un largo proceso de ardua maduración, la memoria de Semprún no cesó de volcarse en esas páginas, en realidad el mismo libro que se escribe una y otra vez, pues “no hay que hacerse ilusiones: decirlo todo es imposible. No bastaría una vida. Todos los relatos posibles no serán sino fragmentos desperdigados de un relato infinito, literalmente interminable⁶”.

II

Si leemos atentamente sus libros observaremos que la memoria de Semprún es, antes que nada, una memoria precisa, que aspira, entre otras cosas, a dar relieve a todos los protagonistas olvidados de la historia oficial del PCE, “una memoria de la que nadie será expulsado, en que todos tienen cabida, los tontos y los listos, los valientes y los cobardes, los que respetas y los que desprecias, los célebres y los anónimos: los camaradas todos que han hecho el partido tal y como es y que muy a menudo el partido ha deshecho...”⁷. Es justamente esta precisión en los lugares, en los hechos y en los protagonistas que participan en los mismos la que convierte los textos de Semprún en fuentes importantes para los historiadores.

También la topografía de las ciudades, sus barrios, sus rincones, sus museos, son evocadas con un gran detalle. Madrid, París o Praga son ciudades que una y otra vez recorreremos de la mano de Jorge Semprún. La primera, ciudad de la infancia y adolescencia, que abandona al estallar la guerra civil y a la que volverá clandestinamente tras largos años de ausencia: “El jueves 14 de marzo de 1991, recorrí el piso de mi infancia. Lo había abandonado en 1936, para las vacaciones de verano. En 1953, me había paseado bajo sus balcones, durante mi primer viaje clandestino a España. Luego, a veces, pasando por la calle Alfonso XI, camino del Prado, o hacia el Retiro, a lo largo de los años, había levantado la vista, había contemplado la larga hilera de balcones. Y finalmente, en julio de 1988 había vuelto a vivir frente a la casa de mi infancia⁸”. París, lugar al tiempo de exilio y acogida, a cuyo barrio de Montparnasse el autor, o algún personaje de ficción en su lugar, dirige frecuentemente los pasos en busca de la tumba de César Vallejo: “Una mañana de agosto, casi medio siglo antes, la víspera de la destrucción de Hiroshima, había salido de la Rue Schoelcher, del estudio de Claude-Edmonde Magny. Había caminado hacia la Rue Froidevaux, hacia una de las entradas secundarias del cementerio de Montparnasse. Necesitaba recogerme un instante ante la tumba de César Vallejo... Una tumba que se podía visitar para recogerse. En todos los sentidos del término, incluido el más fuerte. Incluido el sentido de una meditación que trascendiera y reuniera todos los pedazos dispersos y distraídos de uno mismo⁹”. Y Praga, la ciudad que ya estaba en su memoria antes de visitarla, pues se la contaban los comunistas checos en Buchenwald, entre ellos Josef Frank, personaje esencial en la vida de Semprún¹⁰: “si tuvieras tiempo, hablarías de Praga, largamente,

⁵ SEMPRÚN, J., *La escritura...*, p. 249

⁶ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, Barcelona, Tusquets, 1999, p. 113.

⁷ SEMPRÚN, J., *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 244.

⁸ SEMPRÚN, J., *Federico Sánchez...*, p. 312.

⁹ SEMPRÚN, J., *La escritura...*, pp. 312-313.

¹⁰ Cfr. SEMPRÚN, J., *Autobiografía ...*, p. 137.

interminablemente,... contarías por qué es Praga la ciudad privilegiada de tu memoria y de tu ensueño, la ciudad soñada desde las tardes del domingo, en Buchenwald,... la ciudad de Josef Frank y de Jiri Zak, tus compañeros de Buchenwald, la ciudad de Kafka y de Milena, tus compañeros de las noches de insomnio...”¹¹. “En Buchenwald, Jiri Zak me hablaba de Praga, me describía su encanto y sus misterios. Más tarde, cuando en 1954 hice mi primer viaje, tuve la impresión de llegar a una ciudad ya recorrida en sueños. Yo ya había paseado entre sueños por los jardines y las callejas de Praga”¹².

La memoria de Semprún aspira a ser una memoria colectiva: “Siempre te ha interesado la memoria colectiva, ya se sabe”¹³. En sus libros de memorias la vida más íntima o familiar rara vez asoman y cuando lo hacen es para ponerse al servicio, para iluminar desde otro ángulo, su memoria pública. No hay en su autobiografía una intención de gnososis del “yo”. Tampoco justificativa; muy al contrario, en sus páginas hallamos con frecuencia análisis y diagnósticos autocríticos muy severos. Siguiendo a G. Bueno podemos decir que Semprún “procede, no tanto por vía expresiva, cuanto por vía representativa y aún apelativa. Más precisamente: procede representando el discurso de su vida desde la perspectiva de determinadas estructuras envolventes de naturaleza social, política, etológica, en las cuales se considera comprometido, o justificado o explicado”¹⁴. En efecto, entre la vida personal de Semprún y el tiempo histórico hay una relación dialéctica profunda: ambos se explican recíprocamente. Sus obras autobiográficas constituyen unas verdaderas memorias históricas.

Los libros de Semprún tienen poco que ver con su yo individual, privado; son sobre todo unas memorias personales, públicas, de aquellos episodios de su vida que, siendo importantes para él lo son precisamente en la medida en que los compartió con otras personas: exiliados, deportados, camaradas, compañeros de gabinete, etc. “Al fin y al cabo, no estoy haciendo la historia del PCE, ni la biografía de Carrillo, estoy escribiendo la autobiografía de Federico Sánchez, su autobiografía política, de un corte bastante victoriano, dicho sea en verdad: ni los sueños, ni la sexualidad, ni las obsesiones de Federico Sánchez figuran en este ensayo de reflexión autobiográfica...”¹⁵.

Hay dos afirmaciones en esta cita que nos ayudarán a conocer bien la postura del propio autor frente al relato de su vida, su concepción de la autobiografía. En primer lugar la distancia que toma sobre sí mismo, sobre su etapa de militante y dirigente comunista, como si estuviese hablando, a la manera borgiana, del otro, de un período de su existencia en la que se interesa con la curiosidad de un etólogo o como un prehistoriador: escribe la Autobiografía de Federico Sánchez desde fuera, desdoblándose, apartándose de sí: “Como si otra persona se hubiese puesto a acordarse en mi propia memoria”¹⁶. En segundo lugar afirma Semprún que no está haciendo la historia del Partido Comunista sino un ensayo reflexivo sobre su vida de militante, de dirigente comunista. Así pues, esta obra y las demás que hemos citado más arriba no son ni novelas ni tampoco libros de historia; caen dentro de la categoría del ensayo autobiográfico y habremos de preguntarnos qué rendimiento podrán los historiadores sacar de estos textos, en su intento de investigar e interpretar el pasado.

¹¹ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 283.

¹² SEMPRÚN, J., *Federico Sánchez...*, p. 223.

¹³ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 14

¹⁴ BUENO, G., “Prólogo” a LASO PRIETO, J. M^a., *De Bilbao a Oviedo pasando por el penal de Burgos*, Oviedo, Pentalfa, 2002, p. 9.

¹⁵ SEMPRÚN, J., *supra*, p.270.

¹⁶ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, p. 34

El interés por la memoria colectiva le viene a Semprún de sus años de estudiante en la Sorbona. Allí, en 1942, en el París ocupado por los alemanes, asistirá a las clases de Maurice Halbwachs, quien habrá de morir en 1944 en el bloque 56 del campo de Buchenwald; Semprún ha dejado un vivo relato de ese momento en varias de sus obras¹⁷. Fue en su obra *Les Cadres Sociaux de la Mémoire* (1925) donde Halbwachs establece, aun de manera imprecisa, el concepto de memoria colectiva, que desarrollará en sus libros posteriores¹⁸. Semprún leerá esa obra en 1942, según él mismo nos recuerda: “Aquel día para mi visita semanal, había previsto despertar su interés —o al menos distraerle de la lenta progresión pestilente de su propia muerte— recordándole su ensayo sobre Los marcos sociales de la memoria que yo leí dos años atrás cuando era alumno suyo en la Sorbona... Todo el comienzo de su libro se ocupa de ese tipo de cuestiones: el sueño, las imágenes-recuerdo, el lenguaje y la memoria”¹⁹.

Para Halbwachs la memoria es siempre, de un modo o de otro, colectiva, tiene un carácter eminentemente social y de ahí la importancia que confiere a la investigación de lo que él llama los marcos sociales en los que se despliega nuestra capacidad de recordar: el espacio, el tiempo y el lenguaje. Halbwachs afirma que el lenguaje es “el marco a la vez más elemental y más estable de la memoria”²⁰, aquel en el que se proyecta todo su potencial. Semprún comparte con su maestro esta idea, la importancia del lenguaje, a la hora de configurar una memoria, de recordar una historia ya vivida y desentrañar todos sus significados: “¿Se ha vivido realmente algo que no se alcanza a narrar, cuya verdad, aun mínima, no se acierta a reconstruir significativamente, haciéndola así comunicable? ¿Vivir de verdad no es transformar en conciencia —es decir, en vivencias memorizadas, al tiempo susceptibles de pasar a ser proyectos— una experiencia personal? ¿Pero puede uno asumir una experiencia cualquiera sin llegar a dominar más o menos su lenguaje? ¿O sea, la historia, las historias, los relatos, las memorias, los testimonios: la vida? ¿El texto, la misma textura, el tejido de la vida?”²¹.

Esta premisa, este punto de partida, explica el hecho de que los temas de Semprún sean pocos; desde el primer momento están presentes en sus páginas y a ellos vuelve una y otra vez, tenazmente, en cada uno de los libros sucesivos. Esos temas ya se encuentran de hecho en una obra de teatro llamada *Soledad*, escrita en 1947 y que no llegó a publicarse, de la que el propio autor dice que “se trata de un texto extraordinariamente esclarecedor. Figuran ya en él todos los temas obsesivos que me son personales y que lo son de forma tan auténtica y profunda que rebasan constantemente los límites de la conciencia clara de mí mismo. La clandestinidad, no sólo como aventura, sino como camino hacia la conquista de una verdadera identidad. La política como destino individual, o sea como horizonte que no tiene por qué ser esencialmente el de la victoria y de la conquista del poder, perspectivas siempre secundarias y derivadas, sino como un arriesgarse y realizarse, tal vez a través

¹⁷Cfr. SEMPRÚN, J., *La escritura...*, pp. 54-57; *Viviré con su nombre, morirá con el mío*, Barcelona, Tusquets, 2001, pp. 108-109.

¹⁸ Una buena síntesis de la teoría de Halbwachs y de su vigencia actual en RAMOS, R., “Maurice Halbwachs y la memoria colectiva”, en *Revista de Occidente*, nº 100, Madrid, sep. de 1989, pp. 63-81. Cfr. NARMER, G., “Antifascismo y ‘la memoria de los músicos’ de Halbwachs (1938)”, en CUESTA BUSTILLO, J. (ed.), *Memoria e Historia*, Madrid, Marcial Pons, 1998, pp. 35-56.

¹⁹ SEMPRÚN, J., *Viviré...* pp. 107-108.

²⁰ Tomo esta cita de HUICI URMENETA, V., “Introducción” a HALBWACHS, M., *La Memoria Colectiva y el Tiempo*, Bergara, UNED, p. 5.

²¹ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, p. 71.

de la muerte libremente contemplada. La libertad, precisamente, como factor decisivo de todo compromiso político”²². De ese modo la memoria de Semprún se enriquece a medida que penetra en el interior de sí misma. En su camino hacia la verdad esa memoria teje y desteje un relato que intenta aprehender la trama de una vida que se despliega, que cobra todo su sentido o su sinsentido, a medida que se plasma en el relato.

¿Cómo expone Semprún el relato de su biografía? ¿Cómo va tomando forma, libro tras libro, esa memoria sin fin, la memoria de su vida? Opta desde el primer momento por un relato aleatorio. Descarta desde El largo viaje la ordenación cronológica, del pasado hacia el futuro, siguiendo un orden previsible para el lector. Para él “no hay nada tan irreal como el orden cronológico... es una forma para el que escribe de demostrar su dominio sobre el desorden del mundo, de marcarlo con su impronta. Actúa como si fuera Dios”²³. Reniega de una técnica que era y sigue siendo la utilizada en numerosos relatos autobiográficos: “Pero no he escrito esta historia por orden cronológico, tal vez porque no soy Dios, tal vez porque me aburren los modelos bíblicos y la falaz reconstrucción de una vida desde el principio hasta el fin, tal vez porque la vida no tiene ni principio ni fin, aunque tenga principios y fines”²⁴.

En la narrativa de Semprún el tiempo es un elemento fundamental. Se trata de un parámetro cuyo curso físico se altera continuamente: “Ya ven ustedes lo complicado que llega a ser el orden cronológico. Les estaba llevando conmigo, en diciembre de 1944, por la avenida de las águilas imperiales que desembocaba en la entrada monumental del campo de Buchenwald. Luego, de repente, por culpa de Varlam Shalamov, de sus Relatos de Kolyma, me he visto obligado a dar un rodeo por Londres, en la primavera de 1969, y ahora, esta vez por culpa de Girodoux, ya no de Shalamov, estamos en París, hace cuatro años. Es decir, en 1975, a cuatro años de hoy, contando hacia atrás. O sea, treinta y un años después de diciembre de 1944. Y todas estas cosas van y vienen en la memoria, es demencial”²⁵. Como bien se ve, a pesar de la gran precisión espaciotemporal, el relato se complica a cada página, y eso se plasma en un vaivén del tiempo que trata de captar una biografía verdaderamente novelesca, llena de episodios, de sobresaltos, de personajes: “Porque mi vida no es como un río, sobre todo como un río siempre diferente, nunca el mismo, en el que no se puede bañar uno dos veces: mi vida es continuamente lo ya visto, lo ya vivido, lo repetido, lo mismo hasta la saciedad, hasta convertirse en otro, extraño, a fuerza de ser idéntico. Mi vida no es un flujo temporal, una duración fluida pero estructurada, o lo que es peor: estructurándose, un hacer haciéndose a sí mismo. Mi vida siempre está deshecha, perpetuamente deshaciéndose, difuminándose, desvaneciéndose en humo. Es una serie azarosa de inmovilidades, de instantáneas, una sucesión discontinua de momentos fugaces, de imágenes que centellean pasajeraamente en una noche infinita”²⁶.

Hace algunos años publicaba Pierre Bourdieu un interesante artículo en el que a tenor del género llamado historia de vida, de la biografía, dice lo siguiente: “Producir una

²² SEMPRÚN, J., *Autobiografía...*, p. 100. Cfr. NIETO, F., “La huella de Vizcaya de 1947 y la anticipación de Federico Sánchez en ‘Soledad’ de Jorge Semprún”, en *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*. Albacete, 13-15 de noviembre de 2003, publicado en CD-ROM. Agradezco a mi compañero Julio Prada las orientaciones bibliográficas facilitadas.

²³ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, p. 131.

²⁴ SEMPRÚN, J., *Autobiografía...*, p. 183.

²⁵ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, pp. 204-205.

²⁶ SEMPRÚN, J., *supra*, pp. 373-374.

historia de vida, tratar la vida como una historia, es decir como un relato coherente de una secuencia significativa y orientada de acontecimientos, es quizá sacrificarla a una ilusión retórica, a una representación común de la existencia que toda una tradición literaria no ha dejado ni cesa de reforzar²⁷. Este autor señala la importancia que tuvo la nueva concepción de la novela sobre el modo de contar la historia de una vida, la biografía de una persona: “Es significativo que el abandono de la estructura de la novela como relato lineal haya coincidido con el cuestionamiento de la visión de la vida como existencia dotada de sentido, en el doble sentido de significación y dirección. Esta doble ruptura, simbolizada por la novela de Faulkner, *El Ruido y la Furia*, se expresa con toda claridad en la definición de la vida como anti-historia que propone Shakespeare al final de *Macbeth*”²⁸.

No hemos encontrado en la obra de Semprún ninguna referencia directa a esta novela de Faulkner, cuyo título en efecto está tomado de Shakespeare²⁹. Sí una cita indirecta, pero muy significativa: “Las ventajas de una vida novelesca, llena del ruido y la furia del siglo, es que le regala a uno —gracia y desgracia, dicha y desdicha— una memoria inagotable”³⁰. Por el contrario otras obras del escritor norteamericano son recordadas con frecuencia por Jorge Semprún. No cabe duda de que las novelas de Faulkner lo cautivaron desde muy joven e influyeron poderosamente en su manera de escribir, particularmente en la forma de ordenar el tiempo de la narración. Semprún conoció la obra de Faulkner a través de una compañera de clase, en París, en 1942; poco después ese conocimiento se completó en el propio campo de concentración de Buchenwald: “Fue ella la que me prestó *Sartoris*, la novela de Faulkner que yo prefería, unas semanas antes de las pruebas orales del certificar de psicología, durante las cuales nos habíamos encontrado. Yo estaba apoyado en la ventanilla de la biblioteca de Buchenwald, dos años más tarde, tenía en la mano el grueso volumen con tapas de cartón de la traducción alemana de ¡Absalón, Absalón! y no podía no acordarme de la joven con la que hablaba de Faulkner, el verano de 1942, al tiempo que me deslumbraba la extraña luz de sus ojos azules”³¹. Observamos en este breve párrafo cómo la memoria de Semprún viaja de manera vertiginosa en el espacio y en el tiempo, va y viene sin solución de continuidad, hasta convertirse en un rasgo estilístico que define al autor, rasgo que ya constatamos en *El largo viaje* pero que se hará más evidente en obras sucesivas; basta leer para comprobarlo su última novela, *Veinte años y un día*.

Junto a Halbwachs y Faulkner, a los que Semprún descubre de manera simultánea en la Sorbona a comienzos de la década de los cuarenta, debemos añadir otro nombre que será decisivo a la hora de conformar su idea de la memoria, su manera de expresarla por escrito: Marcel Proust, cuya obra leyó Semprún también desde muy joven. No era Proust su escritor favorito entonces³², pero no cabe duda que ejerció gran influencia sobre él. En el viaje hacia Buchenwald, Semprún se acuerda del gran novelista francés: “Pasé la primera noche de este viaje reconstruyendo en mi memoria *Du côté de chez Swan* y recordando mi niñez”³³. Proust pone a su alcance un concepto de la memoria que exigirá una forma de

²⁷ BOURDIEU, P., “La ilusión biográfica”, en *Historia y Fuente Oral*, nº 2. Barcelona, 1989, p. 28. Este breve artículo había sido publicado en *Actes de la Recherche en sciences sociales*, en 1986.

²⁸ BOURDIEU, P., *supra*, p. 28

²⁹ “La vida es una sombra que camina, un pobre actor/ que en escena se arrebata y contonea/ y nunca más se le oye. Es un cuento/ que cuenta un idiota, lleno de ruido y de furia,/ que no significa nada”. SHAKESPEARE, W., *Macbeth*, V.v. Madrid, Epasa Calpe, 1995 1ª. Traducción de Ángel-Luis Pujante.

³⁰ SEMPRÚN, J., *Federico Sánchez...*, p. 221.

³¹ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, p. 391. Cfr. *La escritura...*, p. 182 y *Viviré...*, pp. 91-98.

³² Cfr. SEMPRÚN, J., *La escritura...*, p. 159.

³³ SEMPRÚN, J., *El largo viaje*, Barcelona, Seix Barral, 1981 3ª, p. 85.

narrar distinta, no lineal, pues “al contrario que la historicidad cronológica, la memoria colectiva funciona como la ‘magdalena’ de Proust, por asociaciones o por movilizaciones de un sentido preexistente”³⁴.

Esa idea de memoria como resultado de asociaciones, encuentros, coincidencias azarosas, es un rasgo muy evidente en Semprún, tanto que a veces pasa desapercibido al lector. Pero no hay duda de que es así; valga para mostrarlo, en un plano general, casi a la manera de un manifiesto, este magnífico párrafo del comienzo de *La escritura o la vida*: “Bastaría con cerrar los ojos, aun hoy. Bastaría no con un esfuerzo, sino todo lo contrario, bastaría con una distracción de la memoria, atiborrada de futilidades, de dichas insignificantes, para que reapareciera. Bastaría con distraerse de la opacidad irisada de las cosas de la vida. Un breve momento bastaría, en cualquier momento. Distraerse de uno mismo, de la existencia que habita en uno, que se apodera de uno de forma obstinada y también obtusa: oscuro deseo de seguir existiendo, de perseverar en esa obstinación, cualquiera que sea su razón, su sinrazón. Bastaría con un instante de auténtica distracción del propio ser, del prójimo, del mundo: instante de no-deseo, de quietud de más acá de la vida, en el que podría aflorar la verdad de ese acontecimiento antiguo, originario, donde flotaría el extraño olor sobre la colina del Ettersberg, patria extranjera a la que siempre acabo volviendo”³⁵.

En un plano más concreto serán, como en Proust, los sentidos los que aviven involuntariamente, más allá de la voluntad, la memoria de Semprún: una canción, una imagen, un sabor. Y esto desde el primer momento y hasta sus últimas obras, como demuestran estas tres citas separadas, la primera de las dos últimas, por treinta años de vida y de literatura: “Todavía hoy, de modo imprevisto, en los más banales momentos de la existencia, estalla este chisporroteo en la memoria. Está uno aderezando la ensalada, en el patio se oyen voces y una melodía tal vez desoladora de vulgaridad; está uno aderezando la ensalada, maquinalmente, se deja llevar por este ambiente espeso y soso del día que termina, con los ruidos del patio, todos esos minutos interminables que acabarán siendo una vida, y de repente, como un escalpelo que cortara limpiamente unas carnes tiernas, un poco blandas, estalla este recuerdo de manera tan desmesurada como desproporcionada”³⁶. “Quizá al escuchar un solo de Armstrong. Alguna vez al pegarle un bocado a una hogaza de pan negro. Al fumar hasta quemarme los labios una colilla de Gitane. Había quien se asombraba al verme fumar así, hasta el final, mi cigarrillo. No tenía ninguna explicación para ese hábito: era así, decía yo. Pero a veces, brutal, deliciosamente, surgía el recuerdo: la colilla de machorka compartida con los compañeros, circulando de mano en mano, droga dulce de la fraternidad”³⁷. En cualquier momento, en un lugar inesperado, con la transparencia más luminosa e hiriente, el recuerdo se materializa en toda su densidad: “No era Zarah Leander, era Ingrid Caven, el 28 de noviembre de 2000, en el teatro Odéon... A simple vista, ningún lugar se prestaba menos a los esplendores y miserias de la memoria que aquella sala del Odéon el 28 de noviembre del año 2000... Fue en esa Alemania rubia, con un maquillaje blancuzco como en las películas expresionistas, esa joven Alemania de frente serena, coronada de nubes salvajes, en la que pensé aquella noche oyendo a Ingrid Caven cantar las palabras de antaño, las palabras de Zarah Leander oídas los domingos por los altavoces de Buchenwald”³⁸.

³⁴ ROBIN, R., “Literatura y biografía”, en *Historia y Fuente Oral*, nº1. Barcelona, 1989, p. 71.

³⁵ SEMPRÚN, J., *La escritura...*, pp. 18-19.

³⁶ SEMPRÚN, J., *El largo viaje*, p. 254.

³⁷ SEMPRÚN, J., *La escritura...*, p. 259.

³⁸ SEMPRÚN, J., *Viviré...*, pp. 186-187.

Para terminar podemos citar a André Malraux, a quien leyó Semprún a principios de los años cuarenta, en París. Su novela *La esperanza* (1937) es la primera que se publicó sobre la guerra civil española y una de las que mejor han resistido el paso del tiempo: hoy, casi setenta años después, sigue leyéndose con gran interés. Esta novela acompañó siempre a Semprún: “Leí *La esperanza* con ojos sumamente distintos en el curso de los largos años en que ese libro me hizo compañía. Primero lo leí como el relato lírico de una gesta popular: epopeya de la fraternidad combatiente de los humillados y los ofendidos. Este libro, con las páginas impregnadas del inquietante olor a explosivo, lo llevaba en la mochila durante mi estancia en el maquis del “Tabou”... Mas adelante, releí *La esperanza* bajo un ángulo diferente, prestando más atención a su fondo filosófico que a su forma lírica o épica, deslumbrante y gráfica”³⁹.

En efecto, en la novela de Malraux coexisten dos planos de escritura —el dramático y el ensayístico— pues en sus páginas alternan retazos en los que la acción de la guerra se describe con la agilidad y belleza del esbozo impresionista, y fragmentos en los que el autor expone, por boca de sus personajes, sus reflexiones críticas sobre la guerra, el poder, la acción política. Esta forma narrativa, en la que la rapidez de la acción deja paso, casi sin solución de continuidad, a la reflexión sosegada, la tomó Semprún de *La esperanza* y es un rasgo muy destacado en la prosa de algunas de sus novelas más notables: *La segunda muerte de Ramón Mercader*, *Netchaiev ha vuelto* o *La montaña blanca*. Y Malraux le dio también algunos de los instrumentos teóricos para llevar a cabo una crítica sistemática de la práctica comunista: “Porque Malraux logró —en parte inconscientemente, sin duda: guiado por un instinto astuto y por ello muy seguro— la proeza de reunir en un solo acto novelesco la apología y la crítica del comunismo. Apología del rigor y de la eficacia comunistas en la práctica de un antifascismo militante; crítica radical de los fines últimos y del discurso global del comunismo”⁴⁰.

III

¿Qué historia emana de la memoria de Semprún? ¿Y qué valor tiene para un historiador que se acerca a los acontecimientos por los que transita ese recuerdo? Este segundo aspecto que queremos esbozar aquí presenta al menos dos planos que, de nuevo, tienen que ver con esos dos lugares de la memoria que ocupan un lugar tan destacado en su obra literaria. Pues así como su pasado de militante y dirigente comunista quedó plasmado de modo definitivo en un único libro —*Autobiografía de Federico Sánchez*—, su experiencia de deportado es un recuerdo nunca definitivo, al que vuelve una y otra vez como quien indaga un enigma de mil caras, nunca del todo desvelado. Que hasta el momento sean cuatro las obras que el autor ha dedicado a su paso por el campo de concentración basta para mostrar la dificultad de relatar una experiencia que tal vez sea indescriptible.

Decíamos más arriba que la autobiografía de Semprún tuvo la intención y la virtud de zanjar de una vez por todas, definitivamente, su paso por el Partido Comunista de España. Semprún fue uno de los primeros dirigentes del comunismo español que escribió un libro autobiográfico. Ese libro narra esa etapa apasionante de su vida, y más allá de algunos juicios discutibles y de una calidad literaria que juzgamos inferior a otras obras suyas posteriores, fue escrito como dijimos antes “por un deseo de exactitud histórica”⁴¹,

³⁹ SEMPRÚN, J., *Adiós, luz de veranos...*, Barcelona, Tusquets, 1998, pp. 113-114.

⁴⁰ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 114.

⁴¹ SEMPRÚN, J., *Vid nota 3*.

aspira a contar la verdad sobre los hechos que relata. De este libro se ha dicho recientemente que es “un sincerísimo, mordaz y cruel ajuste de cuentas con sus correligionarios”⁴². Basta confrontar el relato de Semprún con las memorias de otros camaradas o conocer el amplio uso que los historiadores han hecho de él para comprobar la veracidad del mismo y su importancia como fuente para la reciente historia de España. Daremos tres ejemplos para demostrarlo. La preparación de la Huelga General Pacífica del 18 de junio de 1959 y la detención, el día anterior, de Simón Sánchez Montero es tratada de modo ejemplar en el capítulo dos de esa obra⁴³. El giro táctico del PCE, a partir de 1960, que supuso el paso de una acción política basada en el “sistema de contactos” a otra articulada a través de una “red de comités” es documentada por los historiadores a partir de éste y otros textos escritos por Jorge Semprún⁴⁴. Finalmente, la Autobiografía ha servido también como fuente para estudiar la “nueva mirada sobre la guerra civil” que se constata en una nueva generación de españoles a partir de 1956⁴⁵. Como vemos, los datos aportados por Semprún y sus juicios, a veces durísimos, sobre los mismos han sido asumidos por la Historia académica.

El tratamiento que Semprún da a ese segundo lugar de su memoria, el campo de Buchenwald, es distinto, pues como dice él por boca de un personaje de ficción: “He pensado que mi recuerdo más personal, el menos compartido... El que me hace ser lo que soy... El que me distingue de los demás, al menos, de todos los demás... El que me sustrae incluso, al mismo tiempo que me identifica, de la especie humana... Con la excepción de unos cuantos centenares... El que arde en mi memoria con una llama de horror y de abyección... De orgullo también... Es el recuerdo vivo, obsesionante, del olor del horno crematorio: insulso, repugnante... El olor a carne quemada sobre la colina del Ettersberg... No sólo el humo: también el olor de ese humo...”⁴⁶. Captar toda la complejidad de este recuerdo, sus significados múltiples, en las páginas de un libro resulta una labor imposible; las sucesivas obras dedicadas por el autor al tema no parecen haber bastado para ello: “Se necesitarían horas, temporadas enteras, la eternidad del relato para poder dar cuenta de una forma aproximada”⁴⁷. Porque aunque contar la experiencia de la deportación no sea fácil –se han escrito cientos de libros y se escribirán otros tantos– tal vez, piensa Semprún, “el verdadero problema no estriba en contar, cualesquiera que fueren las dificultades. Sino en escuchar... ¿Estarán dispuestos a escuchar nuestras historias, incluso si las contamos bien?”⁴⁸. Semprún plantea aquí el problema central que nos atañe en estos momentos: ¿Han sabido los historiadores escuchar a los supervivientes de los campos nazis que han querido dejar, de forma oral o por escrito, su testimonio sobre esa experiencia terrible?.

Valga para responder a esta pregunta la opinión de T. Straede, investigador del Nacionalsocialismo y del Holocausto, quien dice al respecto: “Comparada con la transmisión popular de la historia del Holocausto, la historiografía profesional nos muestra un rostro extrañamente pálido y anémico... En pleno acuerdo con la tradición historicista y positivista del siglo pasado, los historiadores profesionales del Holocausto se limitan, como

⁴² FUSI, J.P., “La cultura”, en VV.AA., *La España del siglo XX*, Madrid, Marcial Pons, 2003, p. 573.

⁴³ Cfr. SEMPRÚN, J., *Autobiografía...*, pp. 32-66; SÁNCHEZ MONTERO, S., *Camino de libertad. Memorias*. Temas de Hoy, 1997, pp. 239-241.

⁴⁴ SANTIDRIÁN ARIAS, V.M., *Historia do PCE en Galicia (1920-1968)*, Sada-A Coruña, Edición do Castro, 2002, pp.460-463. Cfr. SEMPRÚN, J., *Autobiografía...*, p. 203-207.

⁴⁵ JULIÁ, S., *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 441 y ss.

⁴⁶ SEMPRÚN, J., *La montaña blanca*, Madrid, Alfaguara, 1986, p. 122. Cfr. *La escritura...* p. 312.

⁴⁷ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, p. 25.

⁴⁸ SEMPRÚN, J., *La escritura...*p. 140.

regla general, a las fuentes generadas por el Estado... Los historiadores han tratado a los relatos de los supervivientes con marcado escepticismo... Cuando mayor sea el grado de autonomía demostrado por un relato, mayor incomodidad muestra el historiador, al creer vislumbrar, tras las palabras, el fantasma amenazador de la subjetividad⁴⁹. Basta consultar las últimas publicaciones sobre el Holocausto para ver la gran dificultad con la que estos testimonios son incorporados a la Historia académica. Primo Levi, Jean Améry, Margarete Buber-Neumann o el propio Jorge Semprún siguen ocupando un lugar poco relevante en las mismas.

Semprún reflexionó a menudo sobre este asunto, sobre la posibilidad de contar la experiencia del Holocausto, y por tanto sobre el valor de estos testimonios. Para él el problema se plantea en un plano no subjetivo sino objetivo, el del oficio de narrador: “¿Cómo contar una historia poco creíble, cómo suscitar la imaginación de lo inimaginable si no es elaborando, trabajando la realidad, poniéndola en perspectiva? ¡Pues con un poco de artificio!”⁵⁰. Para Semprún la Historia académica no podrá nunca dar cuenta de esa experiencia sencillamente porque las herramientas propias de esta disciplina, las exigencias documentales y narrativas de la investigación histórica, no se lo permitirán: “Me imagino que habrá testimonios en abundancia... Valdrán lo que valga la mirada del testigo, su agudeza, su perspicacia... Y luego habrá documentos... Más tarde, los historiadores recogerán, recopilarán, analizarán unos y otros: harán con todo ello obras muy eruditas... Todo se dirá, constará en ellas... Todo será verdad... salvo que faltará la verdad esencial, aquella que jamás ninguna reconstrucción histórica podrá alcanzar, por perfecta y omnicomprensiva que sea...”⁵¹.

Se plantea aquí con toda su fuerza el problema de las fuentes para la Historia. Más en concreto, el valor de las historias de vida, orales o escritas, para la investigación histórica, asunto sobre el que tanto se lleva escrito. Ya sabemos que este tipo de relatos, por otro lado tan diferentes entre sí⁵², ocultan lo que Franzke ha llamado un triple ilusión: “en primer lugar, la ilusión de un transcurso de los acontecimientos completo, en segundo lugar, la ilusión de un principio y de un final definidos y, en tercer lugar, la ilusión de una imagen objetiva del pasado”⁵³. Ahora bien, a pesar de estas limitaciones, que obligan a los historiadores a todo tipo de cautelas a la hora de usar el género autobiográfico, no debemos menospreciar estos testimonios sino leerlos críticamente, tal y como propone el propio Franzke. Y como, añadimos nosotros, el historiador debe hacer con todo tipo de fuentes.

Semprún no ha dejado de ofrecer su crítica teñida de una ácida dosis de ironía sobre la reserva de los historiadores ante los testimonios de los testigos vivos: “En efecto, parece, y esto no ha dejado de sorprenderme, que hay que mostrar cierta vergüenza, una conciencia culpable, al menos si se aspira a ser un testigo presentable, digno de confianza. Un superviviente digno de este nombre, que merece serlo, y a quien se puede invitar a los coloquios sobre el tema. Está claro que el mejor testigo —en realidad, el único testigo verdadero, según los especialistas— es el que no ha sobrevivido, el que llegó hasta el final

⁴⁹ STRAEDE, T., “Cotidianidad y violencia en un campo de concentración nazi”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, nº 20, Barcelona, 1998, pp. 53-73.

⁵⁰ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 141.

⁵¹ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 141.

⁵² Cfr. VÁNDOR, J., “Los campos en la literatura. Reflexiones y ejemplos de la narrativa concentracionaria”, en *Anthropos*, nº 203, Barcelona, 2004, pp. 125-138.

⁵³ FRANZKE, J., “El mito de la historia de vida”, en *Historia y Fuente Oral*, nº 2, Barcelona, 1989, pp. 57- 64.

de la experiencia y murió en ella. Pero ni los historiadores ni los sociólogos han conseguido aún resolver esta contradicción: ¿cómo invitar a los verdaderos testigos, es decir, a los muertos, a sus coloquios? ¿Cómo hacerlos hablar? He aquí un problema que el paso del tiempo de todas formas se encargará de solucionar por sí mismo: pronto ya no quedarán testigos molestos, de embarazosa memoria⁵⁴. También T. Straede comparte esta opinión y denuncia, como Semprún, el hecho de que “los supervivientes han sido reducidos al papel de testigos y sus relatos considerados, dentro de una óptica reduccionista, como meras declaraciones” y alerta muy seriamente y, creemos con toda razón, sobre el peligro que supondrá la muerte de los últimos testigos del Holocausto, pues “una profesionalización efectuada sobre premisas impuestas por el saber académico llevará, casi inevitablemente, a una exclusión progresiva de esos relatos y del complejo de experiencias que representan”⁵⁵.

Las reservas que Semprún ha podido manifestar hacia el relato de algunos testigos no proceden de la duda sobre la veracidad de su testimonio sino, una vez más, de la dificultad de contar lo que pasó. Para él el relato de los supervivientes, de aquellos que han accedido a contar la experiencia de los campos, no es falso; es, indefectiblemente, insuficiente. También el suyo. Con motivo de una reunión de deportados en la que participó dice lo siguiente: “Así que te encontraste sentado detrás de una mesa, en la Casa de los Jóvenes y de la Cultura de Sarcelles, en compañía de unos cuantos hombres y mujeres que habían sido deportados. Uno tras otro, fueron narrando su experiencia. Era perfecto, tu estabas fascinado. No había ningún fallo, era una maravilla... Pero tu los escuchabas, fascinado por su facilidad de expresión, por su facundia, por el aplomo de su testimonio, por la seguridad de estar vivos de que hacían gala. Cuanto más hablaban... menos sabías qué podrías contarles a aquellos honrados habitantes de Sarcelles que habían ido allí con la intención respetabilísima, quizás incluso loable, de oír a aquellos supervivientes transmitirles una experiencia, sin saber que era intransmisible, que no se puede comunicar lo incomunicable”⁵⁶.

Es esa dificultad a la hora de narrar la que obliga a Semprún a distinguir entre verdad y verosimilitud. Porque la verdad de la deportación y del Holocausto supuso un punto y aparte en la Historia; nada después pudo pensarse y vivirse de igual manera. Tampoco escribirse. Y por eso, dice él, no basta con dar testimonio cierto de lo que ocurrió; será necesario contarlo de modo que pueda ser escuchado sin rechazo, de tal manera que no resulte increíble; que sea, en una palabra, un relato verosímil. El testimonio será necesario y harán bien los historiadores en cotejarlo, contrastarlo, someterlo a las pruebas propias de la Historia académica, para probar su veracidad, a la manera, por ejemplo, de Roseman⁵⁷. Pero no bastará, dice Semprún; será preciso el artificio, el arte narrativo, la literatura en suma⁵⁸.

Cuando Semprún escribe la Autobiografía de Federico Sánchez lo hace por un deseo de exactitud, de verdad; sin embargo en los libros sobre los campos quiere ir más allá: “Pues no pretendo un mero testimonio. De entrada, quiero evitarlo, evitarme la enumeración

⁵⁴ SEMPRÚN, J., *Viviré...*, p. 19.

⁵⁵ STRAEDE, T., *supra*, pp. 55-56.

⁵⁶ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, pp. 308-309.

⁵⁷ ROSEMAN, M., “La memoria contra la verdad”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, nº 20, Barcelona, 1998, pp. 53-73.

⁵⁸ Cfr. SEMPRÚN, J., *La escritura...*, pp. 143-144.⁵⁶ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, pp. 308-309.

⁵⁷ ROSEMAN, M., “La memoria contra la verdad”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, nº 20, Barcelona, 1998, pp. 53-73.

⁵⁸ Cfr. SEMPRÚN, J., *La escritura...*, pp. 143-144.

de los sufrimientos y de los horrores... Necesito pues un 'yo' de la narración que se haya alimentado de mi vivencia pero que la supere, capaz de insertar en ella lo imaginario, la ficción... Una ficción que sería tan ilustrativa como la verdad, por supuesto. Que contribuiría a que la realidad pareciera real, a que la verdad fuera verosímil"⁵⁹. Por eso, en las obras sobre la experiencia en Buchenwald el autor no duda en crear personajes de ficción que se mueven con toda naturalidad y verosimilitud entre otros que tuvieron existencia real. Como prueba, valga este ejemplo en el que el autor revive el viaje de la deportación: "Inventé el chico de Semur para que me hiciera compañía en el vagón. En la ficción hicimos aquel viaje juntos para borrar mi soledad en la vida real. ¿Para qué escribir libros si no se inventa la verdad? ¿O, mejor dicho, la verosimilitud?"⁶⁰. Para Semprún historia y ficción son dos maneras de acercarse a la realidad que, en su caso al menos, aspiran por igual a la búsqueda de la verdad. Él mismo ha sido convertido recientemente en un personaje novelesco⁶¹. El historiador ha de justificar sus afirmaciones a partir de fuentes documentales; el relato literario, sin prescindir de los hechos, re-crea la realidad desde la imaginación del autor. Podemos decir en cierto modo que mientras la historia ilumina el presente desde el pasado, la literatura proyecta sobre el pasado las luces y las sombras del presente. Estos relatos, más o menos elaborados, mejor o peor escritos o contados, meramente descriptivos o con un componente de ficción, aspiran a decir la verdad. Como escribe Alex Matas, para ambas –historia y ficción– "el régimen de verdad es común porque ambas modalidades quieren 'representar', es decir, dotar de sentido a la realidad"⁶².

Y debemos decir que el testimonio de Semprún es sin duda veraz; el fresco que él ofrece de la vida y muerte de los deportados coincide en detalle con otros muchos que tenemos sobre este asunto. Leyendo sus obras nos hacemos una idea precisa del funcionamiento de un campo de concentración alemán: la violencia arbitraria de los SS, la desnutrición crónica, la promiscuidad, el miedo a la enfermería, la soledad, etc.⁶³ También las estrategias para sobrevivir en un medio en el que la muerte era omnipresente. Unas, meramente tácticas: el aseo diario, la curiosidad para conocer las normas no escritas del campo⁶⁴. Otras, como el recuerdo de la comidas de antaño, actuaban como sortilegio frente a la escasez de comida⁶⁵. En fin, recursos individuales o colectivos con una profunda carga moral que ayudaban a mantener la estima de los prisioneros frente a la degradación que imponía el sistema nazi: la declamación de poemas o el ensayo de pequeñas obras de teatro suponían una conquista del espíritu frente a la brutalidad del campo⁶⁶, como también relató de manera insuperable Primo Levi⁶⁷; la música de jazz, clandestina por partida doble, era un ejercicio ciertamente transgresor, peligroso, pues era considerada música decadente, arte degenerado, tanto por los SS como por los comunistas⁶⁸. Todo esto está en Semprún, lo podemos encontrar en sus libros. No cabe dudar de su verdad pues su

⁵⁹ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 181-182.

⁶⁰ SEMPRÚN, J., *Viviré...*, p. 179.

⁶¹ LEGUINA, J., *El rescoldo*, Madrid, Santillana, 2004.

⁶² MATAS PONS, A., "Verdad narrada. Historia y ficción", *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, nº 31, Barcelona, 2004, pp. 119-128.

⁶³ Cfr. SEMPRÚN, J., *La escritura...*, p. 127; *Viviré...*, p. 209.

⁶⁴ Cfr. SEMPRÚN, J., *supra*, pp. 319-320; *supra*, pp. 175-176.

⁶⁵ Cfr. SEMPRÚN, J., *Viviré...*, p. 35.

⁶⁶ Cfr. SEMPRÚN, J., *La escritura...*, 54-55.

⁶⁷ Cfr. LEVI, P., *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1987, pp.119-122.

⁶⁸ Cfr. SEMPRÚN, J., *Viviré...*, p. 215; *Federico Sánchez...*p. 223.

testimonio coincide con las investigaciones que algunos historiadores del Holocausto han realizado utilizando fuentes orales⁶⁹.

El mito griego nos enseña que las musas son hijas de Zeus y de Mnemósine, la Memoria. Una de ellas es Clío, la musa de la Historia. La historia se nutre de la memoria. También en Semprún la historia arraiga en la experiencia que permanece en el recuerdo. Pero a veces se puede recorrer, y esta es lo que nos interesa en este momento, el camino inverso: la historia escrita por otras personas, testigos o historiadores, altera el relato de la memoria personal. Para Semprún tanto la memoria como la historia son manifestaciones de una experiencia interpretada. Como buen alumno de Halbwachs el pasado se vive y se escribe desde el presente, cobrando de continuo nuevos significados. Un magnífico ejemplo de esto es la escritura de *Aquel domingo*. Este libro nace de la necesidad íntima de repensar y reexponer la experiencia de Buchenwald, tras conocer la existencia del Gulag soviético a través del testimonio de Solzhenitsyn y Shalamov: “Mi libro estaba en prensa cuando leí *Un día en la vida de Iván Denisóvich*. Así que, antes de que apareciese mi libro, sabía ya que algún día tendría que reescribirlo... Sabía que tendría que revivir mi experiencia de Buchenwald, hora tras hora, con la desesperada certidumbre de la existencia simultánea de los campos rusos, del Gulag de Stalin”⁷⁰.

La existencia del Gulag proyecta una nueva mirada sobre Buchenwald. Y el hecho de haber militado tanto tiempo en el PCE supone una exigencia moral para Semprún, exigencia que le obliga a volver la vista hacia un pasado que parecía clausurado: “Había escrito la verdad, eso sí, únicamente la verdad. De no haber sido comunista, esa verdad habría bastado... Todo mi relato en *El largo viaje* se articulaba silenciosamente, sin hacer hincapié en ello, sin ostentación excesiva en torno a una visión comunista del mundo. Toda la verdad de mi testimonio tenía por referencia implícita, pero forzosa, el horizonte de una sociedad desalienada: una sociedad sin clases en la que los campos hubieran sido inconcebibles... Pero ni yo, ni ningún lector comunista, aunque sólo quedase uno, podíamos admitir ya, tal cual, la verdad de mi testimonio sobre los campos nazis”⁷¹.

El conocimiento del Gulag, el desprendimiento de la mirada inocente de veinte años antes, provoca en Semprún una reinterpretación del campo de Buchenwald, donde, por otra parte, los comunistas habían tenido tanto protagonismo y responsabilidad. Ese conocimiento da un sentido nuevo a esa experiencia atroz: “De hecho, los campos nazis no eran el espejo deformante de la sociedad capitalista —aun siendo el producto de la lucha de clases, o más bien, el resultado de la suspensión violenta de esta lucha por la arbitrariedad fascista—, eran un espejo bastante fiel de la sociedad estaliniana”⁷². Los datos nuevos que ofrece la Historia han reactivado la memoria de Semprún sobre la experiencia concentracionaria.

Pero hay más. Poco después de publicar *Aquel domingo*, en el que la antigua memoria era reinterpretada a la luz de la Historia, Semprún supo que Buchenwald se había convertido, tras ser liberado por los aliados, en un campo soviético: los cadáveres de miles de víctimas del estalinismo se hallaban bajo el bosque que había crecido en una parte del antiguo campo nazi. Por esta razón, a partir de ese preciso momento, ese lugar de horror habría de tomar un sentido distinto tanto para Semprún cuanto para la nueva Alemania

⁶⁹ Cfr. STRAEDE, T., *supra*, pp. 66-71.

⁷⁰ SEMPRÚN, J., *Aquel domingo*, p. 441.

⁷¹ SEMPRÚN, J., *supra*, p. 441-442.

⁷² SEMPRÚN, J., *supra*, p. 432.

reunificada, que “estaba obligada a convertir el emplazamiento de Weimar-Buchenwald en un lugar de memoria y de cultura internacional de la Razón democrática... en el lugar simbólico de memoria y de futuro”⁷³. Después de tantos años y tras varios libros autobiográficos Semprún no había dicho aun la última palabra: su memoria había regresado al campo de concentración de Buchenwald para repensarlo de nuevo.

⁷³ SEMPRÚN, J., *La escritura...*, p. 326. Cfr. KAMINSKY ,A., “Campos soviéticos en Alemania, 1945-1950: Museos memoriales”, en *Historia, Antropología y Fuentes Orales*, nº 20, Barcelona, 1998, pp. 105-113.